

Introducción a la semana

Las primeras lecturas, de Hechos de los Apóstoles de esta semana van desde la narración del martirio de San Esteban y la persecución generalizada contra las comunidades cristianas, a la dispersión consiguiente que sirvió para que la fe cristiana fuera conocida en más amplia geografía y más sectores sociales, la conversión del personaje etíope, la de Saulo y en fin a “la paz de la que gozaba la Iglesia en Judea, Samaria y Galilea “. Son preciosas narraciones que nos ponen al tanto de esa historia inicial de la Iglesia, que expresa no sólo la realidad de entonces, sino de tantos momentos de la historia: tiempos de persecución a los que siguen tiempos más serenos.

La lectura evangélica se centra en el capítulo sexto del evangelio de san Juan, el discurso del Pan de vida. Uno de los discursos más hondos de Jesús, cuya comprensión exigirá un conocimiento más preciso de la fe cristiana del que podía tener los que le escuchaban en Cafarnaum. De ahí la deserción, de quienes eran más que nada estómagos agradecidos a Jesús y a su sorprendente modo de alimentar a la multitud con tan pocos alimentos.

En la Liturgia de la Orden se recuerda la figura de la monja italiana Inés de Montepulciano, a quien santa Catalina llamaría *madre gloriosa*.

Lun

19

Abr

2010

Evangelio del día

Tercera semana de Pascua

“Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-15

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Entonces indujeron a unos que asegurasen:

«Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían:

«Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés».

Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo de hoy

Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30 R/. Dichoso el que camina en la ley del Señor

Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí,
tu siervo medita tus decretos;
tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus mandamientos;
instrúyeme en el camino de tus mandatos,
y meditaré tus maravillas. R/.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos.

Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús:

«La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado».

Reflexión del Evangelio de hoy

"Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna"

Es minucioso el relato que Hechos nos ofrece del martirio de San Esteban. Ocupa la primera lectura de varios días de la semana. Hoy sólo quiero apuntar una sencilla consideración: El martirio de alguien, es decir, ser eliminado por sus ideas religiosas, es siempre mala noticia. Lo deseable es un mundo sin mártires, porque todos y cada uno pueden profesar y celebrar la religión que deseen. Pero ese mundo no ha existido. Jesús sabía que él, como también sus seguidores, se encontraría con la persecución. Mantener la fe en medio de ella es exigencia para sus discípulos. Hasta el punto de sentirse bienaventurados, felices en ese día, como dice Lucas en las Bienaventuranzas.

El discurso del Pan de vida se cifra en la condición eterna de esa vida, vida nutrida por "un alimento que perdura hasta la vida eterna, pues no perece". ¿Qué alimento debe nutrir nuestra vida que perdure más allá de lo perecedero; de la misma muerte, pues es eterno y concede vida eterna? El alimento es Jesús, pan vivo siempre. Todo esto puede parecer un modo de hablar, algo alegórico. No, es real. Jesús, lo constitutivo de su vida y su Palabra, es eterno. Jesús superó a la muerte. Los valores que constituyen su vida: el amor, el contacto con el Padre, buscar y ofrecer la verdad, no desaparecen con la muerte, alcanzan su plenitud más allá de ella. Son valores eternos. Han de ser los valores – el alimento- de nuestra vida. En la medida que lo son, la vida eterna ha llegado a nosotros. Si bien de manera imperfecta, como es propio de esta vida terrena. Imperfección que anuncia la plenitud más allá de ella, en el cielo.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar

20

Abr

2010

Evangelio del día

Tercera semana de Pascua

“Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 7, 51 — 8, 1a

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribas:

«¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado».

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y, con estas palabras, murió.
Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo de hoy

Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Yo confío en el Señor.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 30-35

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús:

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito:

“Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Reflexión del Evangelio de hoy

“¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos!”

Hay situaciones que se repiten a lo largo de la historia. Las duras palabras de San Esteban, referida al pueblo judío, en mayor o menor grado, se pueden aplicar a los hombres de cualquier época, incluyendo la nuestra: “¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran?”. Dentro del misterio del ser humano está la posibilidad, llevada con frecuencia a la práctica, de rechazar al Espíritu Santo, a Dios, cuando lo que éste busca no es más que el bien y la felicidad para el hombre. ¡Un auténtico misterio de la libertad y de la ceguera humanas!

Igualmente hay otras situaciones positivas que también se repiten a lo largo de la historia. Muchos cristianos de todas las épocas, comenzando por San Esteban, han preferido perder la vida, a mano de sus perseguidores, antes que renunciar a vivir sin la amistad con Cristo. Y siguiendo las huellas de su Maestro han pedido perdón para ellos.

“¿Qué signo?... El pan de vida”.

La gente pide a Jesús que les ofrezca algún signo especial para poder creer en Él. Jesús no les ofrece otro, y lo mismo a nosotros, que “el pan de vida”, que es Él mismo. Comer este pan, es entrar en comunión con Jesús, con sus sentimientos, con sus palabras, con sus valores, con su género de vida... y experimentar, éste es su gran signo, su milagro, que así la vida corre abundante por nuestras venas, que la esperanza, la alegría, todos los indicadores de vida inundan nuestro corazón y que los indicadores de muerte se alejan de él. No cabe duda de que “el pan de vida” es un alimento sabroso y especial.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mié

21
Abr

2010

Evangelio del día

Tercera semana de Pascua

“Al que venga a mí no lo echaré fuera.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 1b-8

Aquel día, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea y Samaria.

Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Saulo, por su parte, se ensañaba con la Iglesia; penetrando en las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres.

Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otra anunciando la Buena Nueva de la Palabra. Felipe bajó a la ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Salmo de hoy

Sal 65, 1-3a. 4-5. 6-7a R. Aclamad al Señor, tierra entera

Aclamad al Señor, tierra entera;

tocad en honor de su nombre,

cantad himnos a su gloria.

Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras!» R.

Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor,

que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios,

sus temibles proezas en favor de los hombres. R.

Transformó el mar en tierra firme,

a pie atravesaron el río.

Alegrémonos con él,

que con su poder gobierna enteramente. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 35-40

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis.

Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.

Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

Reflexión del Evangelio de hoy

Aquella violenta persecución, con motivo de la muerte de Esteban, provocó la propagación y difusión misioneras de la Iglesia naciente. El Evangelio dejaba de ser patrimonio de los judíos: todos estaban invitados a conocerlo, abrazarlo y hacerse seguidores de Jesús. Y una vez más se produjo lo contrario de lo que se buscaba: la ciudad se llenó de alegría.

En el evangelio, Jesús habla, en la sinagoga de Cafarnaún, sobre la fe en él: “Yo soy el pan de vida”-

El discípulo del Padre y los discípulos de Jesús

Jesús se presenta como el que ha venido exclusivamente para llevar a cabo la voluntad de su Padre. Y no de cualquier forma, sino como Hijo suyo. Por eso, cada vez que habla a sus discípulos de Dios, su Padre, se refiere a él con el apelativo de Abbá. Para Jesús este es el nombre de Dios. “El Padre que me ha enviado, es quien me ordenó lo que debo decir y enseñar” (Jn 12,49). Toda la autoridad de Jesús procede del Padre: “El Padre no juzga a nadie, sino que le ha dado al Hijo toda la autoridad de juzgar” (Jn 5,19). Y lo más entrañable para Jesús es sentirse en la esfera de amor de su Padre: “El Padre ama al Hijo y le ha confiado todo” (Jn 3,35).

Y la voluntad del Padre que Jesús lleva a cabo es lograr la fe en él: “Que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna”. Nosotros, discípulos de Jesús que, a su vez, lo es del Padre.

“El que ve al Hijo y cree en él”

Porque a Jesús le vio mucha gente, sobre todo en Nazaret, sin creer en él. Nos lo explicó el mismo Jesús cuando un día, mientras se dirigía a Jerusalén, al pasar por un poblado, se le acercaron diez leprosos, le pidieron que tuviera compasión y los curara, y se produjo la curación. Los diez fueron curados, pero sólo uno escuchó de sus labios: “Tu fe te ha salvado”. Los otros nueve vieron a Jesús, fueron curados por él, pero no

escucharon lo que Jesús dijo al samaritano.

Una lástima que el evangelista no nos contara más de la vida de aquel leproso, curado y salvado, a partir de aquel momento. Porque, al estar garantizada su fe por el mismo Jesús, podríamos aprender de él en qué consiste la peculiaridad de una persona que ha comprendido el papel esencial de la fe. ¿Cómo se comportaría este samaritano a partir de entonces? ¿Qué significaría para él, desde aquel momento, tener fe, ser fiel, vivir de la fe? Por otro lado, no lo lamentemos. No lo necesitamos. Basta que escuchemos a Jesús; que le “veamos” a través del Evangelio, creyendo y confiando en él, para tener opción a la curación, la salvación y la vida eterna.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue

22

Abr

2010

Evangelio del día

Tercera semana de Pascua

“Yo soy el Pan vivo bajado del cielo.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 26-40

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:

«Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto».

Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe:

«Acércate y pégate a la carroza».

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó:

«¿Entiendes lo que estás leyendo?».

Contestó:

«Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?».

E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:

«Como cordero fue llevado al matadero,

como oveja muda ante el esquilador,

así no abre su boca.

En su humillación no se le hizo justicia.

¿Quién podrá contar su descendencia?

Pues su vida ha sido arrancada de la tierra».

El eunuco preguntó a Felipe:

«Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?».

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco:

«Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?».

Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.

Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo de hoy

Sal 65, 8-9. 16-17. 20 R/. Aclamad al Señor, tierra entera

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,

haced resonar sus alabanzas,

porque él nos ha devuelto la vida

y no dejó que tropezaran nuestros pies. R/.

Los que teméis a Dios, venid a escuchar,

os contaré lo que ha hecho conmigo:

a él gritó mi boca

y lo ensalzó mi lengua. R/.

Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 44-51

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

“¿Qué dificultad hay para que yo me bautice?”

El pasaje del eunuco de la reina de Candaces y la actitud del apóstol Felipe, nos enseña a actuar como lo hicieron los apóstoles:

Felipe movido por el Espíritu, corre al carruaje del eunuco, y a la luz de lo que este leía, le impulsa a hablar de Cristo.

El eunuco iba leyendo un texto del Antiguo Testamento (Is 37,14), leía con interés la Palabra de Dios, pero no la entendía. Por lo que acepta que Felipe le explique el contenido el apóstol aprovecha, para, a partir de lo que Isaías había anunciado, proclamar el misterio de la muerte y resurrección de Cristo.

San Jerónimo dice: para conocer a Cristo, hay que conocer la Sagradas Escrituras.

En el Nuevo Testamento se realiza lo que Dios prometió en el Antiguo, pero conociendo este podremos entender mejor, como, la Palabra de Dios tiene su pleno cumplimiento en Cristo.

“Yo soy el Pan vivo bajado del cielo”

La celebración de la Eucaristía es la celebración de la Pascua del Señor. En este tiempo, en que nuestros corazones viven la alegría Pascual, recordamos lo que Jesús nos dice : Yo soy el Pan vivo bajado del cielo; nadie puede llegar a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, y en el sermón de despedida añade: Yo soy el camino, la Verdad y la Vida, nadie puede ir al Padre sino por mí..

Nuestra meta es el encuentro en plenitud con el Padre, el Camino es Cristo. Para alcanzar la meta debemos vivir alimentados del cuerpo y sangre de Cristo: “Yo soy el Pan vivo bajado del cielo, el que come de este pan vivirá para siempre. Cristo que es la resurrección y la vida, para hacernos partícipes de su propia vida, nos ofrece el alimento de su carne y de su sangre.

Acerquémonos confiadamente que si comemos su cuerpo y bebemos su sangre, resucitaremos con él.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Vie

23
Abr

2010

Evangelio del día

Tercera semana de Pascua

“Ese hombre es un instrumento elegido por mí....”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 1-20

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que

le decía:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Dijo él:

«¿Quién eres, Señor?».

Respondió:

«Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer».

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión:

«Ananías».

Respondió él:

«Aquí estoy, Señor».

El Señor le dijo:

«Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista».

Ananías contestó:

«Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

El Señor le dijo:

«Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo».

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo de hoy

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio

Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».

Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Ese hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre”

La primera lectura de este día nos presenta el relato de la conversión de San Pablo. Desde el momento en que los primeros cristianos salen a anunciar la resurrección de Jesucristo, comienzan las persecuciones. Son persecuciones que continúan, y que continuarán. Pero... ¡ajo con juzgar a los perseguidores!

Este fragmento nos resume el “expediente” de este Saulo, que “echaba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor”. Él mismo en su Carta a los Gálatas se presenta diciéndoles: “habéis oído hablar de mi conducta anterior cuán encarnizadamente perseguía a la iglesia de Dios para destruirla”. Pues sí, este Saulo es el incansable apóstol San Pablo, tras su encuentro con Cristo Resucitado: “este hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre a pueblos y reyes, y a los israelitas”: a todos los hombres.

Ante la persecución por el Nombre de Jesús, ¿qué debemos hacer entonces? El mismo Señor nos lo dijo: “Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo.” Y “a vosotros, los que me escucháis, yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen...” (Lc 6). El poder de la Resurrección de Jesucristo es el único capaz de obrar esta Palabra en nuestras vidas.

Los hombres (tus familiares y conocidos, y tantísimos que no conoces...), necesitan el testimonio de tu encuentro con Cristo Resucitado. Él va contigo; te están esperando... así que, ¡adelante! Y Él nos prometió: “por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32).

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”

En el Evangelio vemos a los judíos disputando: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” No entienden la grandeza de sus palabras, como tantas veces nos ocurre a nosotros. Pero hay una cosa que sí nos deja bien clara: “que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Esas modalidades de “ser cristiano pero no practicante”, o “ir a Misa pero por sistema no comulgar”, etc... son estrategias de Satanás para apartarnos de la fuente de donde brota la vida eterna.

Participar en el banquete de la Eucaristía no debe ser ni “una obligación a cumplir”, ni una práctica rutinaria, sino UNA NECESIDAD para cada cristiano. Jesucristo, con su Cuerpo y su Sangre, viene a saciar el hambre y sed más hondos de nuestra vida. Podemos compartir nuestro testimonio, diciendo que ser invitadas todos los días al banquete de la Eucaristía es el tesoro más grande de nuestra vida, ¡todo un privilegio! Siempre que podáis, ¡participad en él!

“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él... tiene vida eterna”.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicás
Palencia

Sáb

24
Abr

2010

Evangelio del día

Tercera semana de Pascua

“Tabita, levántate.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 31-42

En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría. Se iba construyendo y progresaba en el temor del Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo.

Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un parálítico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla.

Pedro le dijo:

«Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho».

Se levantó inmediatamente. Lo vieron todos los vecinos de Lida y de Sarón, y se convirtieron al Señor.

Había en Jafa una discípula llamada Tabita, que significa Gacela. Tabita hacía infinidad de obras buenas y de limosnas. Por entonces cayó enferma y murió. La lavaron y la pusieron en la sala de arriba.

Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle:

«No tardes en venir a nosotros».

Pedro se levantó y se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que hacía Gacela mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo:

«Tabita, levántate».

Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. Él, dándole la mano, la levantó y, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.

Esto se supo por todo Jafa, y muchos creyeron en el Señor.

Salmo de hoy

Sal 115, 12-13. 14-15. 16-17 R/. ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

¿Cómo pagaré al Señor

todo el bien que me ha hecho?

Alzaré la copa de la salvación,

invocando el nombre del Señor. R/.

Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor

la muerte de sus fieles. R/.

Señor, yo soy tu siervo,

siervo tuyo, hijo de tu esclava:

rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el nombre del Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús dijeron:

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?».

Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

En estas semanas pascuales acompañamos a las personas que siguieron a Jesús en su vida, después de que el Maestro “se hubo ido”. Es reconfortante, casi siempre, saber de las cuitas de estos hombres y mujeres, de sus litigios, pero también de su inmensa fe en el Cristo resucitado. Gracias a estos testimonios sabemos cómo progresaban las comunidades que se habían formado a raíz de la convivencia con Él o de conocer su mensaje de primera mano de aquellos y aquellas que lo siguieron de cerca. En estos textos se nos presentan como muy humanos pero, al mismo tiempo, nos los muestra como “muy cristianos”.

Hoy la primera lectura centra nuestra mirada sobre dos personas con una necesidad vital: Eneas y Tabita (o Gacela). Del primero dicen las Actas que era “un cierto Eneas”. No sería muy conocido por la comunidad, aunque Pedro, en nombre de Jesús le devuelve la salud. Y como hacía el Maestro, le invita a moverse, a salir de sí mismo, de su postura estática. Tabita, sin embargo, es una mujer muy conocida por toda su comunidad. Formaba parte de ella y todos sabían de sus costuras y bordados, sus limosnas y buenas obras. Ella regresó a la vida y fue presentada –como una nueva mujer– ante comunidad.

Sin duda, acciones como éstas –la sanación de un enferma y la resurrección de una persona fallecida–, pero sobre todo, el hecho de que las comunidades actúen como resucitadas, pues “progresaban en la fidelidad al Señor” y transmitieron lo que “han visto y oído” de Jesús es lo que las ayuda, sin duda, a “multiplicarse, animadas por el Espíritu Santo”. No me atrevo a hacer una lectura literal de la Palabra de Dios, pero... es tan sencilla la comparación...

De algo similar nos habla también el texto del evangelio escogido para hoy: la fe de los primeros seguidores y seguidoras del Cristo resucitado. – Por cierto, curiosa coincidencia o intencionada que se muestre una imagen tan positiva de Cefas en ambos textos, ¿no?–. Es la Fe la que nos hace sentir a Jesús tan cerca, la que nos habla a través de su Palabra, que es “espíritu y vida”, la que nos invita a descubrirlo entre los más pobres, la que nos pide que estemos junto a los enfermos y los que sufren, la que nos anima a vivir y construir la comunidad. Ese fue el centro de la predicación de Jesús. No sé por qué, a veces, ha dejado de ser la Palabra con mayúsculas en boca de quienes formamos su Iglesia. No estaría mal que abriéramos los oídos para escuchar de nuevo, como creyentes y como comunidad lo que se le dijo a esa mujer: “*Tabita, levántate*”.



Comunidad El Levantazo
Valencia

El día **25 de Abril de 2010** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).